

La increíble historia de Mara
y el sol que cayó del cielo

Primera edición, junio de 2018

© Abel Amutxategi Ortega, 2018

© De las ilustraciones: Pablo Ballesteros Álvarez

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador
(una marca de El Inventor de Mundos, S.C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño:

Ediciones El Transbordador

Depósito legal: MA 672-2018

ISBN: 978-84-948614-2-0

Queda rigurosamente prohibida la reproducción
total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o
procedimiento sin autorización previa y por escrito
de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

www.edicioneseltransbordador.com

La increíble
historia de
Mara
y el sol que cayó del cielo



Tac, tac, tac...

Unos golpecitos despertaron a Mara. Su hermano pequeño había estado llorando hasta bien entrada la madrugada y la niña no recordaba cuándo se había quedado dormida.

Sucedía lo mismo cada noche.

En cuanto sus padres trataban de acostarlo, Héctor se echaba a llorar desconsolado.

Los padres de Mara le habían dicho que era algo normal. Que todos los bebés pasan por esa fase. Pero el nacimiento de Héctor había trastocado tanto la vida de Mara que no podía evitar sentirse tan cansada como un calcetín al que alguien hubiera dado la vuelta demasiadas veces.

Por eso le molestó abrir los ojos a la oscuridad de la noche.

Tac, tac, tac...

¿De dónde provenían aquellos golpes?

—Mara —la llamó un susurro desde el exterior de la casa—. Despierta, Mara.

La niña frunció el ceño y se volvió hacia la ventana.

—¿Bruno?

—Asómate a la ventana.

La niña apartó la sábana y arrastró los pies hasta la ventana. Abrió la hoja con desgana y miró

hacia abajo para descubrir la silueta rechoncha de su amigo Bruno. Llevaba su sombrero de explorador y el pecho cruzado por dos viejos cinturones de cuero marrón en los que había dispuesto un sinfín de herramientas. Brújula, prismáticos, pinzas, cajas para guardar muestras, lupas de diferentes aumentos...

Todo lo que podría necesitar un explorador competente.

Y es que a Bruno le gustaba imaginar que era justo eso: un valiente explorador que recorría tierras recónditas y descubría nuevas especies día sí y día también, aunque nunca hubiera salido de Villa Centeno.

—No creerás lo que he visto, Mara. Estaba mirando con los prismáticos desde el tejado de mi casa cuando he descubierto unas luces atravesando el pueblo.

—¿Sabes qué hora es, Bruno?

El niño sacó un reloj de bolsillo y lo miró con gesto serio.

—Son las seis treinta de la mañana —dijo.

—Deberíamos estar en la cama.

—Si mis previsiones son correctas, el sol saldrá dentro de veintisiete minutos. Podríamos decir que ya es *casi* de mañana. ¿Vienes conmigo a descubrir qué son esas luces?

Mara no tenía ninguna gana de abandonar la seguridad de su habitación. Menos aún sin avisar antes a sus padres para que supieran dónde iba a estar.

—Serán las luces del portal de alguna casa. Muchos vecinos las encienden durante la noche, no hay ningún misterio en eso.

—Si fuera así, estarían quietas. Pero estas luces que he visto yo se están moviendo siempre hacia el norte, en dirección a la Plaza Mayor. ¿Es que no me oyes?

Una ráfaga de viento helado entró por la ventana de la habitación y le puso a Mara la piel de gallina.

—Entonces, ¿qué? ¿Vienes o no? —preguntó Bruno.

Mara no tenía ganas de acompañar a Bruno a ningún sitio. Lo único que quería era volver a la cama y recuperar el sueño perdido. Pero cuando dirigió la mirada hacia el interior de su dormitorio sintió una incómoda sensación. Como si alguien la estuviera observando desde la oscuridad. Como si hubiera unos ojos brillantes escondidos bajo su cama. Como si todas las bestias de los bosques que rodeaban el pueblo hubieran entrado en la casa y esperaran a que Mara se quedara sola, agazapadas entre las sombras.

—¿Me oyes, Mara?

La niña agitó la cabeza para ahuyentar de su mente a todas aquellas bestias imaginarias.

—Deja que me vista —dijo—. Ahora bajo.

Mara se puso un chándal cedido por el uso y se enfundó los pies en unas playeras gastadas. Luego se asomó al pasillo para asegurarse de que tanto sus padres como su hermano siguieran dormidos, y escuchó con claridad los ronquidos de Héctor saliendo del cuarto de sus padres.

Cerró con suavidad la puerta de su habitación y se descolgó por el canalón que bajaba por la fachada para unirse a Bruno.

Los niños recorrieron las calles dormidas en busca de aquellas luces que Bruno decía haber visto. A la altura de la plaza, escucharon un traqueteo muy similar al que harían unas ruedas de madera al girar sobre el empedrado del suelo. Y Bruno pensó que aquella bien podría ser la señal que ambos estaban esperando.

Corrieron guiados por el traqueteo y atravesaron la plaza desierta. Bruno corría siempre varios metros por delante de Mara, desapareciendo en cada esquina y obligando a su amiga a acelerar hasta el límite de sus fuerzas.

Hasta que, llegado un momento, Mara perdió de vista a Bruno.

—¡Espera, Bruno!

A Mara apenas le dio tiempo a ver cómo su amigo desaparecía por uno de los cantones que tramaban el casco urbano de Villa Centeno. Se obligó a correr más deprisa. Pero sus diminutos pies resbalaban sobre la superficie pulida de los adoquines y tropezaban en los agujeros que el tiempo había ido abriendo en el suelo.

Al no poder seguir la sombra de Bruno, se guio por el eco de sus pasos.

Mara cerró los ojos para no ver la oscuridad que la rodeaba, y se obligó a ser valiente y a correr tan rápido como sus piernas le permitieran.

Hasta que, al doblar una esquina igual a otras tantas, terminó por darse de bruces con la espalda de su amigo.

—¡Es maravilloso! —exclamó el niño.

Sin pretenderlo, habían atravesado el pueblo de lado a lado.

Una docena larga de carromatos de madera dibujaban un círculo en el llano que los niños tenían ante sí. Sus paredes estaban pintadas, cubiertas por unos dibujos llenos de color que no dejaban ver la madera original. El paso del tiempo había desdibujado algunos de los trazos, pero otros lucían con tal intensidad que parecía que alguien acabara de dibujarlos.

Los carromatos tenían una lámpara de gas a cada lado del pescante para iluminarle el camino al conductor. Bruno comprendió enseguida que los resplandores que había visto desde el tejado de su casa eran los de aquellas lámparas.

Uno de los carromatos mostraba la imagen de dos payasos sonrientes. Y, entre ellos, en letras de color rojo, sólo dos palabras: Circo Martinelli.

Como en un número de baile bien ensayado, unas puertas se abrieron, otras se cerraron y un pacífico ejército invadió la explanada. Hombres y mujeres acarreaban todo tipo de objetos de aquí para allá: picas, cuerdas, trozos de lona, mazas, martillos...

Un grupo de trabajadores corrió un portón y sacó con gran esfuerzo cuatro postes de metal de uno de los carros. Los llevaron hasta el centro de la explanada y los dejaron caer allí.

El entrechocar del metal contra el suelo sirvió de señal para que se abriera la puerta de uno de los carromatos más apartados. Deslizándose lentas como tortugas despertando de una larga siesta, asomaron por el hueco dos largas piernas. Luego dos manos que se agarraron a la armadura de la puerta para darse un mejor impulso y,



poco después, una cabeza seguida de un cuerpo que parecía no tener fin de puro grande que era.

Una vez fuera, el cuerpo del hombre se desplegó perezoso y se enderezó hasta recuperar toda su imponente estatura.

Miró a su alrededor con gesto somnoliento y echó a andar hacia los postes de metal. Pasó una correa de cuero por debajo del primero de ellos y tiró con fuerza para levantarlo y encajarlo en un agujero vertical que sus compañeros habían abierto en el suelo.

El sudor perlaba la frente del gigante. Era evidente que cada movimiento le estaba costando un esfuerzo sobrehumano. Pero estaba adelantando más trabajo que todo aquel grupo de hombres que tanto había sufrido para, simplemente, sacar los postes del carromato en el que habían estado guardados.

Luego siguió con el segundo. Y después con el tercero y con el cuarto.

Una vez terminado ese trabajo, una cuadrilla de trabajadores extendió sobre los postes una lona de la que sobresalían cuerdas aquí y allá. La ajustaron con gran cuidado y, cuando consideraron que todo estaba en orden, comenzaron a tirar de las cuerdas todos a una.

La lona se alzó como un colorido cortinaje. A cada nuevo tirón, las cuerdas se tensaban más y los postes de metal quedaban anclados al suelo con más firmeza. Los trabajadores del circo se valieron de picas para ajustar cada cuerda en su posición de máxima tensión.

Una figura menuda salió del carromato adornado con aquellas dos palabras, Circo Martinelli, y se frotó las manos con avidez, sin dejar de caminar en ningún momento hacia el lugar en el que la compañía terminaba de alzar la carpa.

—Todos en marcha, panda de holgazanes —dijo—. Hay una función que preparar. ¡Y vosotros también! —añadió, dirigiéndose a Mara y a Bruno—. Toda ayuda será bienvenida.

Luego admiró la carpa ya montada y sonrió satisfecho.

—El circo ha llegado a Villa Centeno.

2.

Cuando Mara llegó a casa, la recibió el aroma del pan de hogaza tostado a fuego lento. Su madre estaba en la cocina, preparando el desayuno, mientras su padre terminaba de cambiar el pañal a Héctor. Estaba tan cansada después de haber ayudado al señor Martinelli que su estómago se abrió como las fauces de un dragón hambriento ante aquel olor.

La niña bajó a la cocina de puntillas y saludó como si acabara de levantarse de la cama.

—¡Qué bien huele! —exclamó.

—Buenos días, dormilona —saludó su madre—. Pensábamos que hoy no ibas a levantarte de la cama.

—Supongo que se me han pegado un poco las sábanas —mintió Mara, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta del chándal.

El señor Martinelli les había regalado a Mara y a Bruno dos invitaciones, y la niña las había guardado ahí, en uno de sus bolsillos. Así podía tenerlas siempre a mano y tocarlas cada vez que se planteara si su aventura de aquella mañana no habría sido más que un sueño.

El padre de Mara entró en la cocina en ese mismo instante. Abrió la puerta de una nevera llena a rebosar y sacó de ella un cartón de leche y

un plato de jamón serrano con el que acompañar el pan.

—Muy buenos días —saludó, revolviéndole el pelo a Mara—. ¿Te has despertado con hambre?

Los únicos sonidos que se oían en la cocina eran los del entrechocar de los platos contra la mesa de madera y los de la leche caliente al verterse en las tazas. La música del despertar de una familia normal y corriente. Una familia unida.

Desde la llegada de Héctor, las cosas no habían sido fáciles para Mara. No podía evitar sentirse desplazada. Entendía que su hermano no era más que un bebé y que necesitaba que lo atendieran, pero a veces le daba la sensación de que sus padres se habían olvidado de ella.

Sólo recuperaba la cercanía con sus padres cuando Héctor estaba dormido. En esas ocasiones, aún tenía la sensación de que las cosas podían volver a ser como antes.

Pensó en compartir sus últimas peripecias con ellos. En decirles que Bruno la había despertado antes de que amaneciera y que habían atravesado el pueblo juntos en busca de unas misteriosas luces. Que habían descubierto el campamento del circo que acababa de llegar a Villa Centeno y que incluso habían ayudado a montar su carpa. Y que luego el señor Martinelli les había regalado dos invitaciones a cada uno a modo de agradecimiento, para que pudieran acudir con alguno de sus familiares a la función de aquella tarde.

Héctor se puso a llorar antes de que Mara pudiera articular palabra. Sus quejidos lastimeros cruzaron el pasillo y llegaron hasta la cocina

como una señal de alarma que los padres de Mara no pudieron ignorar.

—Voy a ver qué le pasa —dijo la madre.

—No, deja, tal vez le haya puesto mal el pañal y se esté quejando por eso —sugirió el padre.

—O tal vez necesite que le pongamos uno nuevo.

—Vayamos a ver.

—Vayamos, sí.

Y el caso es que, antes de que Mara se diera cuenta, se quedó sola en la cocina con la primera palabra del relato de su aventura pendiendo aún de los labios.

Por un momento pensó que su hermano lo hacía queriendo. Que Héctor tenía algún tipo de sensor con el que detectaba los momentos en que Mara estaba a punto de conectar con sus padres, y que entonces se ponía a llorar para volver a ser el centro del particular universo de aquella casa.

No era justo.

Si tan sólo sus padres recordaran por un momento que ella estaba ahí...

El primer impulso de Mara fue el de romper las invitaciones. Jamás conseguiría que sus padres la escucharan, y menos aún que la acompañaran al circo. No al menos mientras su dichoso hermano siguiera llorando a cada segundo y continuara necesitando que todos lo adorasen noche y día.

Pero luego se lo pensó mejor y decidió que no se rendiría sin presentar batalla.

Por adorable que fuera Héctor, no sabía hacer nada más que dormir y llorar.

Ella, en cambio, tenía muchas formas de recordarles a sus padres lo buena hija que era.

Así que Mara se sacudió la pereza y recogió la mesa del desayuno. Hizo la cama y guardó todos los juguetes que tenía desperdigados por el suelo de su habitación. Ordenó la pila de libros sobre la mesilla y, al ver que sus padres seguían ocupados, recogió también todos los trastos que Héctor había ido dejando tirados por la casa.

Al llegar la hora de comer, Mara incluso puso la mesa sin que nadie se lo pidiera.

Los padres de Mara tardaron en darse cuenta de los esfuerzos de la niña. Pero cuando entraron a la cocina y vieron con cuánto cuidado había dispuesto sobre la mesa los cubiertos y las servilletas, no tuvieron más remedio que felicitarla.

—Gracias, hija —dijo su padre.

—Hoy nos has ayudado muchísimo. —Su madre.

—La verdad es que no sabemos cómo agradecerlo. —Su padre otra vez.

Y ahí fue cuando Mara vio la oportunidad que durante tanto tiempo había estado esperando. La oportunidad de volver a disfrutar, por una vez, de esa atención que durante tanto tiempo le habían estado negando.

—No sé si sabéis que ha llegado un circo a Villa Centeno —dijo la niña.

Los padres de Mara se miraron con extrañeza.

—Ha llegado esta mañana. Me lo ha dicho Bruno —explicó, para evitar que le preguntaran nada más sobre aquel asunto—. Y el dueño del circo le ha dado cuatro invitaciones para que podamos ir con alguno de nuestros familiares.

Los padres de Mara no supieron bien qué contestar.

—Mara...

—¿Sí, papá?

—Me temo que no vamos a poder acompañarte.

—¿Por qué no?

—Tenemos que cuidar de...

—No me lo digas: de Héctor —estalló la niña—. Tenéis que cuidar de Héctor.

—Sí, tenemos que cuidar de tu hermano.

—¿Los dos?

—No hemos dormido demasiado bien esta noche. Tu hermano sigue quejándose de la tripa y apenas hemos podido pegar ojo. Me muero por descansar un poco, hija.

—¿Y qué hay de mí? ¿Es que no yo existo?

—Claro que sí, cariño. Tú puedes ir con Bruno.

—Pero yo quería ir con alguno de vosotros. ¡A él va a acompañarlo su madre!

—Uno no siempre puede conseguir todo lo que quiere, Mara. Y estoy seguro de que la madre de Bruno sabrá cuidarte mejor que bien.

—Pero el señor Martinelli dijo que podríamos ir con algún familiar. ¿No lo entiendes?

—Mara...

—¿Es que ya no somos una familia?

—No digas eso —trató de tranquilizarla su padre—. Mientras el sol siga saliendo por el este y ocultándose por el oeste, nosotros seguiremos siendo una familia. Y una familia muy unida, si es que hay una.

—¿Pues sabes qué? —preguntó Mara llena de rabia—. Que ojalá no lo fuéramos. Que ojalá el

sol dejara de salir y nosotros dejáramos de ser una familia.

—¡Mara!

La niña se levantó de la silla y salió de casa dando un portazo.

3.

Los habitantes de Villa Centeno se habían vestido con sus mejores galas para ir al circo. Se agolpaban en torno a la carpa y miraban incrédulos a su alrededor, como si temieran que las maravillas que los rodeaban pudieran desaparecer de un momento a otro con la misma rapidez con la que habían aparecido.

Un hombre tocado con una chistera hacía malabares sobre unos zancos mientras el señor Martinelli desgranaba a voz en grito las bondades del espectáculo que aguardaba dentro de la carpa.

—¡Pasen y vean! ¡El espectáculo más grande del mundo está a punto de comenzar! Acróbatas, malabaristas... ¡y un gigante de más de tres metros que hará las delicias de grandes y pequeños! ¡Pasen y vean, señoras! ¡Pasen y vean, señores!

El señor Martinelli guiñó un ojo a Mara cuando esta pasó junto a él.

—Disfruta de la función, pequeña —le dijo.

Mara sonrió y se sintió parte de la familia del circo por un momento. Diferente de todos aquellos espectadores que buscaban su sitio en las hileras de bancos corridos que rodeaban la pista central.

Un gran desfile anunció el comienzo de la función. La compañía marchó alrededor de la pista siguiendo la estela de una alegre fanfarria. Al ritmo

de la música, cada artista iba ofreciendo un pequeño anticipo del que sería su número. Una equilibrista maniobraba sobre un monociclo mientras los payasos se perseguían en una carrera sin fin. Detrás avanzaba la lanzadora de cuchillos con gesto serio, y a su lado un malabarista jugaba con las mazas con la misma acostumbrada destreza con la que un adulto se ataría los cordones de los zapatos.

La cabeza del gigante sobresalía por entre aquel mar de personas como un faro en medio de la tormenta. Su altura lo hacía atraer sin remedio las miradas de los espectadores y él, a falta de algo mejor, aceptaba esa atención con gesto de fastidio, como quien trata de encontrar acomodo dentro de una camisa demasiado grande.

El señor Martinelli caminaba el último, cerrando el cortejo. Y cuando el resto de la *troupe* desapareció entre bambalinas quedó solo en medio de la pista, iluminado por la luz de dos focos que convergían en su escueta figura.

—El circo es luz y color. El circo es fantasía —declamó, paseando la mirada por entre el público, que bebía sus palabras—. Pero también es oscuridad. Tensión, angustia, miedo a lo desconocido. El espectáculo de hoy empezará precisamente con uno de esos números que os harán contener la respiración. Una lucha entre la vida y la muerte que nadie sabe cómo terminará. ¡El vuelo del Fénix!

La multitud rompió en aplausos y los focos que habían estado iluminando al señor Martinelli se apagaron. Todo fue oscuridad hasta que, de pronto, un hombre misterioso hizo su entrada en la pista. Vestía una túnica negra con

capucha y llevaba una antorcha en su mano derecha. El resplandor de la llama le daba a su rostro un aire fantasmal. El hombre caminaba despacio, dotando a sus pasos de un aire siniestro que hizo que Mara sintiese un escalofrío.

La madre de Bruno debió de darse cuenta de la intranquilidad de la niña, porque enseguida trató de calmar sus ánimos.

—No tengas miedo —dijo—. No es más que una representación. Como un teatro.

El hombre de la antorcha se detuvo cerca de la primera fila de asientos y sonrió con aire malévolo. A Mara le dio la impresión de que la estaba mirando a ella. Sólo a ella. Y que la amenazaba de un modo apenas velado.

La niña contuvo la respiración y dio un respingo cuando el hombre acercó la antorcha al suelo, desde donde se alzó un gran círculo de fuego como por arte de magia.

En el centro del círculo había una jaula de gruesos barrotes. Y, en su interior, una mujer menuda. Delgada como el cuello de un cisne y de aspecto quebradizo como las patas de una cigüeña.

El hombre miró al público por última vez y lanzó una estremecedora carcajada. Luego abandonó la pista con los mismos andares siniestros con los que había llegado hasta ella, dando por terminada su participación en aquel número.

La mujer forcejeó con los barrotes y buscó en vano alguna vía de escape, pero la jaula parecía sólida a la luz de las llamas que ardían a su alrededor. Mara sabía que la angustia de aquella mujer era fingida. Que hasta el menor de sus movimientos

formaba parte de un teatro bien ensayado. Pero, a pesar de eso, no podía evitar dar un respingo sobre su asiento cada vez que las llamas lamían la jaula.

Sólo se tranquilizó un poco cuando distinguió una figura enorme surgiendo del fondo de la pista. El gigante caminó hacia la jaula con paso tranquilo, tan seguro de que lograría rescatar a la mujer a tiempo que no necesitaba apresurarse para llegar a su destino.

Mara sonrió nerviosa y se permitió dar unos tímidos aplausos en la oscuridad que la protegía de miradas indiscretas.

El gigante se detuvo ante el anillo de fuego y dejó que las llamas rozaran su rostro. Luego dio un paso y lo atravesó. La multitud acompañó el movimiento del gigante con una exclamación que mezclaba miedo y sorpresa a partes iguales.

¿Cómo había conseguido hacer eso?

¿Es que no tenía miedo de quemarse?

Agarró los barrotes con sus enormes manos de gigante y los dobló como si fueran de mantequilla. Con un gruñido sobrehumano, tiró de ellos hasta crear una abertura por la que la mujer pudiera salir. Luego hincó una rodilla en la arena de la pista y dejó que la chica se irguiera sobre su pierna para depositar un delicado beso en su frente.

El gigante tomó a la mujer del talle y la ayudó a encaramarse a un pequeño trapecio perdido en las alturas.

De pie sobre el trapecio, la mujer saludó con una reverencia al gigante.

Y luego echó a volar, haciendo de las lentejuelas de su vestido las estrellas del cielo raso de la carpa.

